

importantes, lo mismo que un panorama más amplio en aquellos mandatarios que a juicio del autor así lo ameriten. Sin establecer juicios de valor, Bonilla nos presenta un panorama sobrio sobre los datos de cada uno de los hombres y cuando lo estima pertinente amplía los datos con información de primera mano, que contribuye a ampliar la visión y hace que la lectura sea amena y sin pedantería académica. Como hombre de estudio, como autodidacta, el suyo es un estilo sin pretensiones a través del que nos va dando un panorama de quienes, y desde muchos aspectos, fueron los fundadores de nuestra nacionalidad, de nuestra historia, de la Costa Rica que somos y que de seguro seremos.

Claro que el autor tiene preferencias. Las encontramos en las figuras señeras de Juan Rafael Mora, Jesús Jiménez, Próspero Fernández, en la segunda parte; y en la tercera descuellan don José Joaquín Rodríguez, su yerno don Rafael Iglesias Castro y don Alfredo González Flores. Y estas preferencias no nacen por el capricho del autor sino más bien por la importancia institucional y política de los personajes, que emergen en las notas biográficas con gran sentido de la proyección histórica en la vida nacional. También el autor amplía ciertos aspectos de la biografía de Federico Tinoco Granados y los antecedentes de su presencia en la vida política, la toma del poder y datos casi inéditos sobre el asesinato de su hermano, don Joaquín Tinoco, con las consecuencias socio-políticas de este incidente, que sigue guardando el misterio y la ambigüedad que todos conocemos.

Don Cleto y don Ricardo, así como los conocemos los costarricenses, son los dos presidentes que cierran el libro. Aparecen como complementos

de dos actitudes bastante diferentes. Dos colosos que dominan la vida política de Costa Rica durante casi 40 años, ambos con el talento del negociador, del zorro hábil y la paloma bondadosa, dos personajes que por antagónicos vienen a complementarse en el ejercicio del poder. Dos modos diferentes de concebir la política, la vida social del país. Antagónicos hasta en su vida íntima, se luce esbozada en los rasgos biográficos que nos da Harold Bonilla, pero que siempre tuvieron, el uno para el otro, la grandeza de saberse unidos en cuanto a la problemática nacional. Aunque el autor no se lo propone, deja que el lector pueda establecer líneas paralelas entre los dos políticos, sutilmente diferenciados, hasta en sus rasgos más pequeños. Don Cleto, es llamado prototipo de gobernante patriarcal y, don Ricardo, periodista nato. La admiración por el segundo no va en detrimento del primero sino que la nobleza del autor lo obliga a escribir cosas tan especiales: Hay en el licenciado Jiménez Oreamuno algo que atrae, algo que obliga a los hombres a hacerse a un lado para que él pase, y si es necesario, hasta quitarse la capa y extenderla sobre el suelo, para que él pueda pisar sin enlodarse, aún cuando los demás sí lleguen a pringarse. Frases que retratan al Brujo del Irazú, como fuera llamado cariñosamente por los costarricenses, en toda la dimensión de su grandeza ciudadana.

Un tesoro de información este libro de Harold Bonilla. Lástima la extravagancia editorial de incluir tantos prólogos e introducciones. Quizás capricho del autor, que es recompensado por la información y datos que nos propone para tener cerca de nosotros a personajes los unos tan queridos, los otros olvidados, pero todos inscritos en nuestra historia nacional.

IMPERIALISMO Y DICTADURA: CRISIS DE UNA FORMACION SOCIAL. Jaime Wheelock, Siglo XXI, México, 1975

Desde hace un año aproximadamente se vienen oyendo con regularidad noticias alentadoras sobre el proceso revolucionario nicaraguense. Sorprende y emociona la claridad con que ante nuestros ojos hacen acto de presencia las fuerzas sociales reprimidas y brutalizadas por espacio de varias generaciones. Con más escondido entusiasmo pre-

guntamos si es verdad que ha llegado a Nicaragua la hora de los hornos, y con detenido aliento deseamos que se realice la segunda patria socialista de nuestra América. Es provechoso ahora, volver a un texto que fue publicado en 1975. El libro de Wheelock, *Imperialismo y dictadura: crisis de una formación social* (México: Siglo XXI, 1975) no só-

lo llena el vacío y la indiferencia que los investigadores han manifestado por la desventurada historia de ese pueblo, sino que también ilumina los antecedentes históricos que vendrían a explicar los procesos políticos de estos últimos años.

Wheelock empieza su estudio a partir de la inserción de Nicaragua en la economía capitalista mundial. Según él, el modelo nicaragüense de desarrollo es atípico por: 1) la larga y prolongada historia de intervenciones norteamericanas; 2) el escaso y minúsculo paréntesis liberal de Zelaya; 3) la atemorizante polémica sobre la construcción del canal; 4) los cuarenta años de dictadura militar ininterrumpida.

Con estos cuatro parámetros en mente, el autor recorre la historia de Nicaragua desde su etapa independentista hasta el presente, y analiza con profunda seriedad los cambios estructurales económico, políticos y sociales del proceso de transición de la hacienda ganadera, al latifundio comercial monoprodutor de café. Sigue luego el desarrollo de este producto hasta su decadencia comercial en la primera mitad de este siglo y lo engancha finalmente con los desarrollos recientes: el cultivo del algodón, la invasión del capital financiero.

La claridad expositiva de Wheelock pone a la vista el proceso en toda su complejidad. Las formas de tenencia de la tierra, hacendaria-ganadera y ejidataria-cerealista, expresiones ambas de una economía de autoconsumo, se contraen para dar paso a la formación del latifundio. La transición se lleva a cabo por medio de las guerras civiles post-independentistas, que son la mejor expresión del precio social que cobra la propuesta librecambista de la fracción progresista de la clase dominante en su lucha contra la fracción oligarca retardataria.

El costo social lo paga la masa campesina. La reestructuración de la propiedad del siglo XIX cumple así dos propósitos: 1) hace posible la extensión territorial del latifundio y 2) crea la fuerza laboral agrícola para trabajarla. La clase dominante queda así consolidada al adueñarse del usufructo de las mejores tierras, y el campesino, privado de su base económica de subsistencia, queda a merced de la burguesía, listo para entrar en el forzado proceso de transición al proletariado cuyo germen forma.

Una buena parte del trabajo de Wheelock está dedicado a la descripción y análisis de la industria cafetalera. Haciendo despliegue de una singular agudeza perceptiva, el autor logra desentrañar de este análisis científico el precio social del desarro-

llo-subdesarrollado y dependiente de la economía política nicaragüense. Entre sus aciertos se cuentan la observación de los períodos de corte del café en función al empleo o desocupación de la población laboral y del efecto que tienen en sus formas de vida y salario. El autor muestra el desplazamiento de las poblaciones hacia las haciendas cafetaleras, las formas de vida casi esclavistas que caracterizan la vida de los barracones, las diferentes divisiones de la fuerza laboral de acuerdo al lugar que ocupa en la producción, la superexplotación sexista de las mujeres y los niños. Toda la narración resume la amoralidad del sistema. De especial interés son las formas distintas que adquiere el salario, las formas de pago mixtas que enmascaran el carácter capitalista de la industria cafetalera, haciéndola reminiscente de formas laborales pasadas como la esclavitud y el peonaje.

Si monocultivo, dictadura e invasión son los aspectos dominantes de la opresión, Wheelock subraya las formas de resistencia popular con gran vigor. De hecho, Sandino, el más grande héroe nacional, y el movimiento sandinista de la actualidad, son el marco contra el cual se recorta todo el análisis. Sandino es la expresión de la tendencia popular, democrática y revolucionaria, que surge en la primera mitad de este siglo y que viene a incorporarse a la historia nacional en una coyuntura de crisis. Esta crisis es la escuela del derrocamiento por intervención del gobierno nacionalista liberal de José Santos Zelaya, cuyo paréntesis liberal termina en 1909. Sus sucesores al poder, miembros de la inepta oligarquía nacional retardataria, comprometen la entera economía nacional, alienan a la población entera y dan origen a la Guerra Constitucionalista. En ella, la burguesía agro-exportadora, la pequeña burguesía urbana y las masas populares forman una alianza.

Durante la Guerra Constitucionalista, las masas populares organizadas y representadas por Sandino llevan la vanguardia de la lucha contra la explotación imperialista. De 1926 a 1933, Sandino es el líder de esta resistencia. Pero su programa político de guerra sin cuartel al imperialismo, y su clara visión de clase, que intentaba garantizar junto con la soberanía nacional la liquidación de la dependencia económica y la reorganización agraria popular, se vieron debilitados por la coyuntura histórica mundial. La depresión económica por un lado, y el naciente fascismo europeo por otro, llevaron a segundo plano las luchas por la liberación de nuestra América, que durante esos años había encontrado su máximo exponente en Nicaragua.

La fachada democrática que los Estados Unidos adopta frente al fascismo, tuvo también su programa para la América Latina. En Nicaragua desmembró al ejército constituyente siguiendo cuatro pasos consecutivos: 1) aisló y fragmentó a los miembros de la coalición nacional; 2) neutralizó al sector nacionalista; 3) desarmó a las clases populares; 4) identificó un sector directriz "competente" y despiadado, aliado y protector de sus intereses contra el cual se han pronunciado y se pronuncian ahora las masas populares: la dinastía somocista.

Wheelock dedica poco o nada al desarrollo de los primeros años de la dictadura. El poder se consolida durante los años de la segunda guerra mundial, caracterizados por el incremento de la producción cafetalera, con la consecuente explotación de las masas populares, y por la contribución de minerales, caucho y madera a la economía guerrera de la metrópoli. Después de este breve paréntesis, el autor pasa a dar un bosquejo de la época contemporánea.

Pone en primer término las dificultades de definir con precisión el capital Somoza, pues a más de carecer de documentación, su prohibitiva investigación se paga con cárcel o muerte. Baste decir que ellos tienen control absoluto de los poderes del estado y como tal, tienen intereses tanto en las altas entidades bancarias y empresas de servicios públicos, como en los hospitales y las bajas casas de juegos. No hay sector libre de la mano somocista.

Las formas del capital Somoza son sin embargo identificables. A partir de los años cincuenta se consolidan los dos consorcios bancarios más importantes de Nicaragua: 1) EL BANIC (1953), apoyado por el Chase Manhattan Bank, representa el grupo liberal, los intereses algodoneros de occidente. 2) EL BANAMERICA (1952), apoyado por el Banco de América, representa a la oligarquía oriental ganadera de Granada. Ambas empresas se descomponen en una serie de razones sociales que tratan de ocultar su carácter centralista y monopolizador. El BANIC, orientado hacia el agro, también invierte en bienes raíces, viviendas y de vez en cuando en programas de promoción social —becas, créditos artesanales, etc. Entre los nombres que adopta se encuentran INDESA (Subdividida en INFISA, INVERGO, CERISA, TELEVICENTRO, LA PRENSA . . .) FINANSA, FINANCIERA DE LA VIVIENDA . . . Lo propio pasa con BANAMERICA que se enmascara, entre otros títulos en FIA, BIRSA, INMOBILIARIA DEL AHORRO . . .

Las causas y efectos de estas expresiones económicas son concretamente opuestos a la revolución cubana y acceden a los programas de contra-insurgencia militares y civilistas que ella generó. Entre ellos el del Mercado Común Centroamericano, parte del movimiento de la llamada Alianza para el Progreso. La distribución de tierras, pretexto para desplazar a la población de los centros de organización sandinista y envarlos a tierras forestales sin prestarles los menores recursos, es otra expresión. La creación de CONDECA, expresa el aspecto militarista de la nueva política norteamericana en Centroamérica.

Con amargo realismo, Wheelock, hace una lista de los logros más recientes de esta nueva estructuración. En Nicaragua se creó una industria de envasado y etiquetado a base de mano de obra barata, una fábrica de galletas, y una de ropa interior "para damas". Esta irrisoria e incompleta lista viene complementada en el texto con una lista de organizaciones empresariales entre las que se cuentan la Asociación Nicaragüense de Instituciones de Seguros, La Financiera de Desarrollo de Nicaragua, El Instituto de Ahorro y Préstamo, El Consejo Superior de la Iniciativa Privada . . . No olvida tampoco Wheelock las asociaciones entre el "Sunbelt" nixoniano y la dinastía somocista: a Vesco y a Hughes, se les cedió la explotación del lecho marítimo, la canalización interna de la vía del río San Juan y el Lago Xolotlán para el posible establecimiento de puestos petroleros. Toda esta armazón cayó con el terremoto. La reinterpretación de la estrategia yanqui-nica a partir de este desastre natural es mandatoria: las manifestaciones callejeras de la hora presente, la huelga general, son la contribución de la masa a este nuevo proceso social en el cual a ellas les toca el indiscutible papel de vanguardia.

El proceso social de Nicaragua, o, como lo ha llamado Ignacio Briones*, La Batalla de Managua, deja lugar al suspenso. A medida que se vigoriza la fuerza popular, el régimen dictatorial, dinástico, de apariencia secular, y su guardia nacional hasta hace poco considerada invencible, se reducen a su mínima expresión. Los pocos grupos sociales que antes les prestaban apoyo al régimen se repliegan y se colocan del lado de la causa popular. El antes todo poderoso grupúsculo de derechas queda en el más total, absoluto e irrevocable aislamiento, pendiente de la mano que le pueda tender el imperia-lismo yanqui. Mientras éste, temeroso por un lado

* Ignacio Briones es dirigente de la Unión de Periodistas Nicaragüenses, director del diario *24 horas* y de la

de la dirección que lleva el movimiento nacional, sorprendido por la fuerza del empuje de la masa popular, desilusionado por la bancarrota moral, económica, política y militar de sus aliados, desespera. El pueblo entero, unificado, combatiente, haciendo gala de una determinación militante difícil de concebir bajo el régimen de la bota militar asesina y sanguinaria de Somoza, sigue con todo el vigor que sus fuerzas le permiten empujando a la dinastía hacia posiciones que ponen en evidencia su debilidad incuestionable. Son las masas organizadas las que piden y llevan a cabo el cambio.

A estas alturas, el libro de Wheelock, publica-

do hace escasos dos años, parece ser el estudio indispensable, minucioso, serio, brillante y original de una época que ha llegado a su fin. Por su profundidad, por su incuestionable toma de posición a favor de las desposeídas masas nicaragüenses, este libro viene a ser sintomático de una nueva Nicaragua, en la que sus intelectuales, sólidamente preparados, se ponen incondicionalmente al servicio de la reconstrucción nacional. El mérito indudable de este estudio es que da el fondo que explica y fundamenta el por qué de la actual militancia nicaragüense. La historia de Nicaragua la escriben ahorita los intelectuales identificados con el drama de su liberación.

EL MOVIMIENTO HUELGUISTICO EN COSTA RICA (50-60)

Carlos Abarca V., Tesis de grado, Escuela de Historia, Universidad de Costa Rica 1978

Carlos Abarca en su trabajo "el movimiento huelguístico de Costa Rica en los años 50-60", hace un análisis histórico de las luchas sociales en esa década. Dicho análisis especialmente se refiere a las huelgas.

En este período la clase trabajadora en sus luchas de carácter económico social, presentó 107 conflictos colectivos. Representan ellos el 35% de los habidos en el transcurso de 1947 a 1975.

Refiriéndose, el autor, a otra forma de expresión de lucha: los paros obreros, dice que se efectuaron quince. Realizados especialmente en la actividad bananera.

En esta misma década hubo 16 huelgas. Se movilizaron en ellas a 24.451 obreros, lo que representa el 8.5 de la población económicamente activa de 1950.

Las huelgas fueron más numerosas en el sector industrial. En este mismo sector no se llevaron a cabo paros obreros. El sector industrial de esta época se caracterizó por apoyarse "en la producción de unidades empresariales de tipo artesanal" y manufacturero especialmente. Estas propiedades pertenecían en su mayoría a capitalistas nacionales.

En el plano social, el autor, señala dos contradicciones en las que se movió el obrero urbano: 1— "la que nacía de la explotación de que era objeto" 2— "el peligro de la desocupación ocasional o permanente, que producía la modernización del sec-

tor, el inmigrante rural y la desaparición de la empresa tradicional y doméstica menos competitiva que la industria fabril".

A través de las huelgas realizadas, los obreros logran introducir modificaciones en la forma de organización de la empresa. Sin embargo en ellas (huelgas) no se encuentran objetivos, ya sean explícitos o no, sobre el cuestionamiento en conjunto, de la organización capitalista de las empresas.

Se considera que entre los años 1949 y 1969 se duplica el número de organizaciones sindicales. Según criterio de Carlos Abarca, el crecimiento fue de 193.4%, sin tomar en consideración las consecuencias de la represión patronal que lleva, en muchos casos, a la disolución de los sindicatos, y sin tomar en cuenta el sector público (que no es analizado en su investigación).

En lo que respecta al sector primario de nuestra producción fue en la plantación bananera donde se realizó la mayor cantidad de huelgas. Las huelgas de este sector fueron las más extensas, tanto por el número de obreros que participaron como por el "área geográfica que se vio afectada". Estas huelgas tampoco afectaron al conjunto de las actividades del monopolio bananero.

En los primeros cinco años de la década, y no existiendo el derecho legal a ella, se dieron 4 huelgas. En los 5 años restantes hubo 14 paros obreros y dos huelgas.